



ARALDO DE LUCA

EL FARAÓN VICTORIOSO

En la decoración de una caja perteneciente al tesoro de Tutankhamón se representa esta escena. El soberano, sobre su carro, y ayudado de sus soldados y sus perros, destroza a los nubios y somete la «vil tierra de Kush». La imagen no responde a la realidad, sino a las representaciones canónicas del rey: el joven faraón no se puso al frente de ninguna campaña contra Nubia

Nuevo dejaron huella de su actividad: desde los templos de Ptah en Menfis –ciudad donde Amenhotep III excavó el Serapeo, la tumba hipogea de los Apis, los toros sagrados–, de Re (o Ra) en Heliópolis, de Osiris en Abydos o de Montu en Ermant hasta los erigidos en tierras de Nubia.

Los más conocidos monumentos de época ramésida son obra de Ramsés II, el mayor constructor de la historia de Egipto. Intervino en Luxor, en Karnak, en Abydos... Son muy conocidos sus templos de Abu Simbel, así como el ya citado Ramesseum, su vasto templo funerario. Este soberano se prodigó en la erección de estatuas colosales (una práctica que conoció su apogeo a partir de Amenhotep III), que en muchos casos usurpó a otros soberanos y que demostraban la grandeza y el carácter divino de tan magno gobernante.

Como gran constructor que era, Ramsés necesitaba mucha mano de obra. En Nubia utilizaba a las gentes de los poblados cercanos a las construcciones, pero en otras ocasiones, como sucedió con la edificación de Pi-Ramsés, su nueva capital en el Delta, se sirvió de mano de obra extranjera, sometida en muchos casos a trabajos forzados. Tal fue el caso de los hebreos, que en esta época entraron en masa en Egipto, deportados desde Palestina.

LA ERECCIÓN DE ESTATUAS COLOSALES –UNA PRÁCTICA QUE CULMINÓ EN EL IMPERIO NUEVO– DEMOSTRABA LA GRANDEZA Y EL CARÁCTER DIVINO DEL SOBERANO

Junto al religioso, era el funerario otro ámbito importantísimo de la vida egipcia, y a él están asociados otros dos tipos de monumento del Imperio Nuevo: los templos funerarios y los hipogeos, las tumbas excavadas en la roca.

LA ARQUITECTURA DEL MÁS ALLÁ

Ahora los templos funerarios se siguen levantando en la orilla oeste del Nilo, pero no al lado de la tumba del faraón, como se había venido haciendo, sino bien visibles cerca de la orilla del río, mientras que los soberanos reciben sepultura en otro lugar: el Valle de los Reyes, la necrópolis real tebana –sus esposas y los jóvenes príncipes son enterrados en el contiguo Valle de las Reinas–.

Seguramente fue a partir del faraón Amenhotep I cuando cambió esta concepción funeraria: con toda probabilidad fue este faraón el primero en hacerse enterrar en un hipogeo en ese lugar. Escondido e inaccesible a los ladrones, con entrantes en la montaña que resguardaban los escondites de las tumbas y fácil de vigilar desde arriba, el Valle de los Reyes parecía ofrecer la seguridad de que las sepulturas de los monarcas no serían expoliadas.

La adopción de las sepulturas excavadas en la roca también obedecía a razones religiosas. En ellas se reunían de forma simbólica los dos principales cultos egipcios: el solar y el osiríaco. Por un lado, el viaje nocturno de la barca solar de Re por el mundo subterráneo se recogía en los libros del Más Allá que aparecen en esta época (el *Libro de los muertos*, el *Libro de las puertas*...) y cuyos textos son plasmados en los muros de las tumbas. Por otro lado, el difunto debía superar el juicio de Osiris para poder vivir eternamente en el Más Allá.

Desde el exquisito gusto por el detalle de estas sepulturas –como la de Seti I o la de la reina Nefertari, esposa de Ramsés II, verdaderas joyas pictóricas– hasta las dimensiones casi sobrehumanas de los templos, todo en el arte nos habla del refinamiento y el poder de la que fuera en su tiempo la principal potencia del Mediterráneo: el brillante Egipto del Imperio Nuevo. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

- Historia del Egipto faraónico
J. Padró. Alianza, Madrid, 2003

NOVELA HISTÓRICA

- Memorias de Ramsés el Grande
C. Lalouette. Crítica, Barcelona, 2005

INTERNET

- <http://www.egiptologia.com/>